

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

---

# El mundo de hoy

Autorretrato de un reportero



---

● crónicas ●

A partir de las miles de páginas de textos «dispersos», Agata Orzeszek, su traductora, ha compuesto y ordenado este libro en parte autobiográfico que forma un *collage* de la obra de Kapuściński. Junto a fragmentos de sus libros (siete sin traducción española, entre ellos un volumen de poesía), incorpora una selección de ensayos, conferencias y entrevistas. Está articulado en tres partes. La primera —*Mirando hacia atrás (sin ira)*— ofrece un «viaje sentimental» al pasado: una infancia vivida en medio de la Segunda Guerra Mundial y la época de corresponsal (no solo) de guerra; la segunda —*Periodismo y literatura*— desvela los entresijos del oficio de reportero y el taller del escritor; y la tercera —*El mundo de hoy*— constituye una profunda reflexión antropológico-histórico-sociológico-filosófica en torno a las grandezas (las menos) y las miserias (las más) del mundo contemporáneo. Cierra el libro un epílogo —*Madrid, 11 de marzo de 2004*— que recoge las declaraciones de Kapuściński en Varsovia a raíz del 11-M, destinadas expresa y exclusivamente a este volumen.

## INTRODUCCIÓN

«Aquel día histórico de febrero de 1934 yo estaba en Viena y *no vi nada* de los trascendentales acontecimientos que allí se produjeron y *tampoco supe nada de ellos, nada en absoluto*, mientras sucedían. Se dispararon cañones, se ocuparon casas y se transportaron centenares de cadáveres, pero yo *no vi* ni uno solo. Cualquier lector de un periódico de Nueva York, Londres o París estaba mejor enterado de los hechos que nosotros, que aparentemente fuimos testigos de los mismos». Cuenta este episodio Stefan Zweig en las páginas de *El mundo de ayer*. Sincera y honradamente, confiesa *no haber visto nada* de aquella «revolución» que supuso nada menos que «el suicidio de la independencia austríaca».

¡Qué contraste con «el pintor del mundo de hoy» Ryszard Kapuściński! Todo lo contrario que el vienés, el polaco parece hallarse siempre allí donde se produce un acontecimiento importante para el desarrollo de la historia, en el ojo del huracán si es posible (y queda demostrado que, para él, lo es), y desde ese privilegiado lugar, *lo ve todo*. Nada le pasa inadvertido. Tan distintos —mejor dicho, diametralmente opuestos— en su faceta de observadores de la realidad circundante, los dos autores tienen, sin embargo, una cosa en común: la sinceridad. Uno cuenta con el corazón en la mano *cómo no ha visto nada* y el otro, *todo lo que sí ha visto*. Volviendo al fragmento de Zweig (y haciendo la obligada abstracción temporal: en febrero de 1934,

Kapuściński ni siquiera había cumplido los dos años), existe entre ambos una segunda ligazón: esos periódicos «de Nueva York, Londres o París» —o Varsovia— gracias a los cuales los «testigos» como Zweig y sus semejantes se enteraban de los hechos. ¿A partir de qué habrían confeccionado sus primeras planas si no en los despachos de prensa enviados por un anónimo Kapuściński de la época, que sí había oído los cañonazos y visto los centenares de cadáveres?

Corresponsal durante dos décadas de la Agencia de Prensa Polaca (PAP) en los países del Tercer Mundo, Kapuściński no se conformó con ser una fuente de noticias. Por más interesantes y elucidarias que fueran sus crónicas (que, además, tenían que ser breves, pues Polonia era muy rica en espíritu pero paupérrima en divisas), quedaba excluido de ellas todo un mundo de conocimientos, sensaciones y experiencias extraordinarias. Todo ese ingente material «sensible» que no admitían los télex lo acogió la literatura. Así, sin permitir que muriese el periodista (¡eso jamás!), nació el escritor. (Autor de una obra que se resiste a una clasificación unívoca —él mismo se limita a llamarla *textos*—, para definirlo, unos críticos polacos ávidos de etiquetas intentaron acuñar el calificativo de «reportajista». La palabreja, por suerte, no ha tomado carta de naturaleza).

La literatura tardaría un tiempo antes de abrirle sus puertas de par en par. Kapuściński escribe y publica sus *textos* desde la década de los sesenta (su primer libro, *La jungla polaca*, salió en 1962). Cultiva un género al que el lector polaco de hace medio siglo —que identifica literatura con novela y poesía (como mucho, también con el drama)— no está acostumbrado. El volumen de *Estrellas negras* (1963), dedicado a África, no merece más que un par de reseñas, amén de una tirada reducida (6.250 ejemplares era un número insignificante en la Polonia de entonces). Pero Kapuściński, obstinado, se mantiene fiel a su forma de narrar. Sigue viajando y escribiendo a su *manera*, a la espe-

ra de que un día su prosa acabará por conquistar al lector. (La «venganza» —léase: reafirmación de que lo escrito en los sesenta no fue una equivocación— llegará con la inclusión en *Ébano* de algunos capítulos de *Estrellas*, sin cambiar una coma). *El kirguizo se apea del caballo* (1968) ya suscita un importante eco mediático: profusión de reseñas en la prensa y varios programas de radio y televisión. La razón de todo aquel revuelo crítico aún resulta difícil de determinar. ¿Se debe a que el libro, dedicado a las repúblicas transcaucásicas de «la hermana Unión Soviética», es «políticamente correcto»? ¿O a que ya empieza a instalarse en el lector (y en el crítico) la aceptación de este tipo de escritura? (Por si acaso, por si se trataba del primer supuesto, la «venganza» volverá por sus fueros: el tercer capítulo de *El Imperio*, «El sur, 67», en gran parte se compone de fragmentos de textos rescatados de *El kirguizo*). *Si toda África...* (1969), sin embargo, disipa las dudas y desmiente tamaña suspicacia. La crítica no ahorra elogios y el lector parece conquistado. La posición del Kapuściński escritor se afianza. *Cristo con el fusil al hombro* (1975) no hace sino confirmar una tendencia que cristalizará en un éxito sin igual en el ámbito de la literatura de no ficción. *Un día más con vida* (1976) agota ediciones y los ulteriores *El Emperador* (1978), *La guerra del fútbol* (mismo año) y *El Sha* (1982) convierten a su autor en una figura de referencia en el panorama narrativo nacional. Ya no tendrá que luchar por la aceptación del lector, ni siquiera cuando publique algo tan diferente del Kapuściński «de toda la vida» como un volumen de poesías, *El bloc de notas* (1986). Y, ni que decir tiene, cuando salgan las sucesivas entregas de *Lapidarium* (1990, 1995, 1997, 2000, 2002), *El Imperio* (1993) y *Ébano* (1998).

La década de los ochenta trae su consagración internacional. (El lector occidental —sobre todo anglosajón— no se hizo de rogar tanto como el polaco. Tal vez porque no pisaba una tierra virgen sino un terreno abonado por auto-

res como John Reed, Bruce Chatwin y, en cierta medida, Lévi-Strauss). Con traducciones a una treintena de lenguas —incluidas algunas tan «exóticas» como el farsi y el japonés—, la obra de Kapuściński queda inscrita en el canon de la literatura contemporánea.

No solo de libros vive el escritor, y menos si es periodista. Y ni que decir tiene cuando se trata de un *maestro*. De ahí que la obra kapuścińskiana abarque innumerables páginas de otros textos, escritos y «hablados»: ensayos y artículos, prólogos y epílogos, introducciones y reseñas, conferencias y discursos con motivo de... (rellene el lector este espacio con los más diversos actos públicos: acertará), y, finalmente, entrevistas; cientos de entrevistas.

En 2000, Maria Nadotii llevó a cabo su idea (¿inspirada en el *conversador con Goethe Eckermann*?) de reunir y editar en un volumen —*Los cínicos no sirven para este oficio*— las intervenciones pronunciadas por Kapuściński en Italia, en la década de los noventa, con motivo de varios actos académico-sociales. La idea cuajó hasta tal punto (huelga mencionar la publicación de ese *manual de periodismo* por esta misma editorial) que, tres años más tarde, en la propia Polonia apareció *Autorretrato de un reportero*, que no es sino un libro compuesto, también, de textos «hablados» (fragmentos de medio centenar de entrevistas). Solo que con un enfoque diferente. Mientras el italiano se centra exclusivamente en los entresijos del oficio de periodista y en el mundo actual de los medios de comunicación, el polaco también escudriña en la «doble vida» del Kapuściński reportero y escritor, vertiginosa la una y recogida la otra. Entretanto, en 2002, la Piper Verlag alemana editó *El mundo es un paraíso violento. Reportajes, ensayos y entrevistas a lo largo de cuarenta años*, que es una antología de textos kapuścińskianos ya publicados anteriormente en Alemania.

Anagrama, a su vez, ha optado por una edición propia, a medio camino entre la polaca y la alemana. Pertrechados con mil doscientas páginas de textos mecanografiados (en-

trevistas y conferencias) y con revistas y libros desconocidos en España (aprovechamos la ocasión para agradecer al autor la gentileza de habernos proporcionado todo este valioso material), presentamos al lector español «nuestro» retrato, profusamente ilustrado con sus textos (algunos, los menos, conocidos por el lector hispanohablante y otros, los más, sin traducción española hasta la fecha). Retazo a retazo, textura sobre textura, del variopinto *collage* del libro acaba asomando, junto a una profunda reflexión en torno a la contemporaneidad, una fiel semblanza de ese pintor del mundo de hoy —«enviado de Dios» (Le Carré) y «creador de una prosa deslumbrante» (Hochschild)— que es Ryszard Kapuściński.

AGATA ORZESZEK

Cuando me preguntan qué escribo, sin plantearme cuestiones propias de la teoría de la literatura, contesto: un texto. ¿Y qué tipo de texto? Un texto bueno. Todo escritor desea crear un buen texto.

En todos y cada uno de mis textos he intentado descubrir, captar y reflejar el *quid*, la esencia del acontecimiento, del fenómeno o de la realidad que describo.

El detalle me sirve como punto de partida para una reflexión generalizadora.

En todo lo que hago intento hablar con mi propia voz, una voz personal, amortiguada. No sé gritar.



## Mirando hacia atrás (sin ira)

Nací en Polesia (hoy Bielorrusia) y pertenezco, por tanto, a la estirpe de los desarraigados. Mi Pińsk natal fue el punto de partida para el largo peregrinaje de mi vida. Ya de niño me tocó desplazarme de un lugar a otro. Durante toda la guerra, no paramos de huir: ya abandonando Pińsk para pasar al lado alemán, ya escapándonos de los alemanes. Empecé a deambular por el mundo a los siete años, y aún sigo, hasta hoy. [11]<sup>[1]</sup>

Mi contacto con el fútbol viene de antiguo, del ya remoto mundo en el que pasé la infancia. En mi pequeña ciudad natal había un equipo de fútbol, orgullo de todo el pueblo. No recuerdo ningún partido concreto: por aquel entonces tenía tres, cuatro años. Lo único que registró mi memoria fueron los movimientos de la pelota por el campo y una situación, o mejor dicho, una rodilla: la ensangrentada rodilla de un jugador. Había recibido una patada y caído sobre la hierba. Veo fútbol desde hace sesenta años, cuando y donde puedo, y a decir verdad, solo gracias a él hay un televisor en casa. [55]

1/09/1996

¡Primero de septiembre!

1939: hace una mañana cálida y soleada. Explanada ante la casa de nuestro tío de Pawłów, donde pasamos las vacaciones. En la tumbona, inclinado, está sentado el abuelo. Paralizado, alrededor de la cabeza tiene una cicatriz que le ha dejado una operación reciente. Lo recuerdo bien: era

alto, esbelto, de delgadas y alargadas facciones que cubrían parcialmente una barba de varios días. El abuelo señala el cielo con su bastón: allá arriba, sobre el océano azul, aparecen varios puntos plateados. Apenas resultan visibles. Desde la lejanía llega a mis oídos un rumor, una estridencia cada vez más trepidante, un ruido como de un motor. Por primera vez en mi vida oigo algo parecido. Nunca he visto un avión, así que ignoro qué sonido produce.

—¡Niños! —grita el abuelo mientras señala con la punta del bastón hacia los aviones—. ¡Recordad este día! ¡Recordadlo! —repite, amenazando a no sé quién con el bastón: ¿a nosotros?, ¿a los aviones?, ¿al mundo?

*[Lapidarium III]*

De repente, en las proximidades, junto al bosque, suena un estruendo terrible, oigo con qué estrépito estallan las bombas (solo más tarde sabré que se trata de bombas, pues en ese momento aún no sé que existe tal cosa; un niño de la Polonia profunda que no conoce la radio ni el cine, que no sabe leer ni escribir y que nunca ha oído hablar de la existencia de guerras y de armas mortíferas, ignora la sola noción de bomba) y veo cómo saltan por los aires racimos de tierra gigantescos. Quiero correr hacia este espectáculo extraordinario que me deja atónito y fascinado, pues todavía no tengo ninguna experiencia de la guerra y no sé unir en una misma cadena de causas y efectos aquellos brillantes aviones de color gris plateado, el estruendo de las bombas y los plumeros de tierra que se elevan hasta las copas de los árboles, con el acechante peligro de muerte. Así que echo a correr hacia el bosque, hacia ese extraño lugar donde caen y explotan las bombas, pero un brazo me agarra por el hombro y me tira al suelo. «Sigue tumbado —oigo la voz temblorosa de mamá—, no te muevas». Y recuerdo cómo, al apretarme contra su pecho, me dice algo cuyo

sentido se me escapa y por el que me propongo preguntar más tarde: «Ahí está la muerte, hijo».

Es noche cerrada y tengo mucho sueño, pero no se me permite dormir: tenemos que irnos, huir. Ignoro adónde pero comprendo que la huida se ha convertido en una necesidad perentoria, incluso en una nueva forma de vida, pues huye todo el mundo; todos los caminos, carreteras y aun pistas de tierra, se han llenado de carros, carretillas y bicicletas, de bultos, maletas, bolsas y cubos, de personas aterrorizadas e impotentes que deambulan sin orden ni concierto. Unas huyen hacia el este, otras hacia el oeste; hacia el norte y hacia el sur, huyen en todas direcciones, se mueven en círculos; extenuadas, caen dormidas en cualquier lugar, pero después de descansar un rato recuperan el aliento y reúnen lo que les queda de fuerzas para retomar aquel caótico deambular sin fin. (...)

Nos adentramos en un paisaje cada vez más siniestro. A lo lejos, la línea del horizonte aparece cubierta de humo; pasamos junto a pueblos abandonados, a casas solitarias, calcinadas. Atravesamos desolados campos de batalla, cubiertos por armas y otros objetos abandonados, pasamos junto a estaciones de ferrocarril bombardeadas y vehículos volcados. Hay un penetrante olor a pólvora, a quemado, a carne en estado de descomposición. Por todas partes nos topamos con cadáveres de caballos. El caballo —animal grande e indefenso— no sabe esconderse; durante los bombardeos se queda quieto, esperando la muerte. (...)

Llega el invierno, hace un frío atroz. Cuando estamos mal, lo percibimos como dolor: el frío se vuelve más penetrante que nunca; para la gente que vive en condiciones normales, el invierno no es más que la estación del año de turno, preludio de la primavera, pero para los desgraciados y los infelices, es una catástrofe, un infierno. Y el primer in-

vierno de la guerra ha sido realmente gélido. Las estufas de nuestro piso están frías y las paredes, cubiertas por una capa de escarcha blanca y lanuda. No tenemos con qué hacer fuego porque no se puede comprar leña; tampoco es posible robar algún haz. El castigo por hurtar carbón: la muerte; por hurtar madera: la muerte. La vida humana vale ahora tanto como un pedazo de carbón o un trozo de madera. No tenemos nada para comer. (...)

Y otra vez a ponerse en camino. Nos vamos de Pińsk para dirigirnos al oeste, porque allí, dice madre, en un pueblo de las afueras de Varsovia, está padre. Padre estuvo en el frente, cayó prisionero, se escapó de sus carceleros y ahora se dedica a dar clases de trabajos manuales en un colegio rural. (...) Al atravesar un pueblo llamado Sieraków, en un determinado momento madre ha exclamado: «¡Dziudek!». Era mi padre. Desde aquel día vivimos juntos, en una pequeña habitación sin luz ni agua. Cuando oscurecía nos acostábamos: ni tan siquiera teníamos una vela. El hambre nos había acompañado desde Pińsk: yo no paraba de buscar una oportunidad de zamparme algo, un mendrugo, una zanahoria, cualquier cosa. Un día, al no ver otra salida, padre dijo en clase: «Niños, los que quieran acudir mañana a clase deberán traer una patata». Padre, que no sabía comerciar, incapaz de desenvolverse en el contrabando y sin recibir un salario, consideró que no le quedaba otra salida que pedir a sus alumnos unas cuantas patatas. Al día siguiente, la mitad de la clase no apareció en la escuela. De entre los que acudieron, unos niños llevaron media patata, otros un cuarto. Una patata entera era un tesoro.

Durante toda la guerra soñé con un par de zapatos. Tener zapatos. ¿Pero cómo conseguirlos? ¿Qué se debe hacer para lograr un par de zapatos? En verano voy descalzo y tengo la piel de las plantas de los pies curtida como un cinturón de cuero. Al principio de la guerra, padre me fabricó

unos zapatos de fieltro, pero como no es zapatero, tienen un aspecto lamentable; además he crecido y me van pequeños. Sueño con unas botas fuertes, macizas, claveteadas; de esas que al golpear sobre el empedrado producen un sonido claro e inconfundible. (...) Un par de botas sólidas era símbolo de prestigio, de poder absoluto; el zapato endeble y roto era señal de humillación, estigma de un ser humano al que habían arrebatado toda su dignidad, condenándolo a una existencia inhumana. Tener botas significaba ser fuerte e, incluso, simplemente, ser.

Durante mucho tiempo pensé que aquel era el único mundo, que no había otro, que la vida era así. Es comprensible: los de la guerra fueron mis años de infancia y primera adolescencia, cuando uno empieza a discurrir y a tomar conciencia de las cosas. De ahí que me pareciese que no era la paz sino la guerra el estado natural del universo, incluso el único posible, la única forma de existencia; que la necesidad de huir, el hambre y el miedo, las redadas y las ejecuciones, la mentira y los gritos, el desdén y el odio formaban parte del sempiterno orden de las cosas, que eran el sentido de la vida, la esencia del ser. Por eso, cuando callaron los cañones y dejó de oírse el estruendo de las bombas al estallar, cuando de pronto se hizo silencio, ese silencio me pilló por sorpresa, no sabía qué significaba. Un adulto, al escucharlo, tal vez dijese: «Se acabó el infierno. Por fin ha vuelto la paz». Pero yo no recordaba qué era la paz, era demasiado pequeño para recordarla: cuando se acabó la guerra yo no conocía más que el infierno.

[*La jungla polaca*, «Ejercicios de la memoria»]

A los doce años, James Joyce escribía cartas dignas de atención; yo, con la misma edad, corría por el campo en pos de las vacas y no había leído un solo libro.

[*Lapidarium II*]

A mis doce años vivía en una aldea cerca de Varsovia. ¿Qué hacen los chavales en un lugar así? Apacientan las vacas. Además, durante la guerra —cosa que ahora pocas veces se recuerda— los polacos tenían prohibida la educación. En las grandes ciudades existían bibliotecas privadas, pero en un pueblo de mala muerte como aún hoy en día lo es Sieraków, un objeto tan extravagante como un libro sencillamente no tenía razón de ser. Solo cuando en 1945 nos trasladamos a Varsovia, fui a la escuela y empecé a leer. [48]

Hace más de cincuenta años, justo después de la guerra, dos de mis compañeros de clase y yo decidimos vivir durante las vacaciones una aventura de verano: nos fuimos a Wrocław. Era una ciudad en ruinas, la antigua fortaleza de Breslau estaba atrocemente destruida. Recuerdo que aún se oían tiroteos: el lugar servía de escondrijo para desertores y bandas de distinto pelaje; había destacamentos que aún estaban en lucha. [3]

Nada más lejos de mi intención que «inventarme» la biografía, así que se lo diré todo sin ambages: la verdad es que en el colegio no me fascinaba sino una sola cosa: el fútbol. Yo hacía de portero en el equipo de mi escuela. Luego jugué en el Legia de Varsovia, en su equipo juvenil. Pasaba días enteros en el césped del campo. Aquello era un arrebató, un delirio, mi vocación más apasionada.

Ahora ya no me acuerdo por qué, pero un día escribí un poema y lo envié a un periódico, y este lo publicó. La decisión de aquel equipo de redacción selló mi destino.

Empecé a escribir poesías de manera espontánea, sin albergar expectativa alguna ni sueños de grandeza. Únicamente me limitaba a escribir, pero todas mis poesías eran malas. Muy malas. En aquel entonces me encontraba bajo el poderoso influjo de Maiakovski, del cual, sin embargo, no conseguí más que imitar sus «escalones». Al girar su